

## ACTO SEGUNDO

Una habitación puesta con lujo, pero con desorden,  
en casa de la RABANITOS. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

TABARDILLO, un hombre plantado en los cuarenta años,  
seriamente elegante, muy cortés y un poco aburrido  
de todo, incluso de sí mismo... Luego, LUISA, que  
atraviesa de derecha a izquierda con un paquete de  
ropas sueltas.

TABARDILLO.—(*Sentado indolentemente, leyendo*).—No dicen nada nunca estos periódicos... y lo que dicen no me importa. ¡Bueno... también sería curioso el averiguar qué es lo que me importa a mí...!—(*Leyendo*).—*Gran Mundo... Ayuntamiento... Política... — (Atraviesa Luisa)*.—Tú, Fulana, ¿qué llevas?

LUISA.—Ropa, para que se mude al salir del baño esa amiga nueva de la señorita.

TABARDILLO.—¿Nueva?

LUISA.—Es la primera vez que viene a esta casa.

TABARDILLO.—Sí, eso es una novedad en las mujeres. Dame un pitillo.

LUISA.—(Después de mirar sobre la mesita).—No hay más que turcos.

TABARDILLO.—No importa: yo estoy bien con todas las naciones.

LUISA.—Estos creo que son muy caros...

TABARDILLO.—Según... Para quien los compre, no digo que resulten baratos, para la Rabanitos...

LUISA.—Y para usted...

TABARDILLO.—Baratísimos.—(Enciende el pitillo).—¿Por qué gritaba antes esa nueva amiga?

LUISA.—¿Antes?—(Recordando).—¡Ah, sí; fué al meterse en el baño!

TABARDILLO.—Lo desconocido asusta siempre. La están fregando, ¿eh? Llévale la ropa.

LUISA.—(Marchando).—Con su permiso.

TABARDILLO.—Oye, Fulana.

LUISA.—Luisa.

TABARDILLO.—Fulana Luisa... andas bien.

LUISA.—Muy bien, muchas gracias.

TABARDILLO.—Digo de andar, de moverte, de tener salero para llevar la ropa.

LUISA.—(Por la del brazo).—¿Esta?

TABARDILLO.—Y la otra.

LUISA.—Es usted muy burlón, señorito...

TABARDILLO.—¿Muy burlón? Dame otro pitillo. Dame una cerilla. Dame un abrazo.—(Le da las tres cosas y escapa)—¡Luisa... Luisa!

LUISA.—Se ha mudado.—(Al ver que él avanza).—¡Cuidado, que hay gente!

TABARDILLO.—(Deteniéndose).—¡Por vida del diablo! En las casas no debía haber nunca más que una persona...!

LUISA.—Está el mundo muy mal arreglado. Servidora, señorito...

TABARDILLO.—Servidor, criadita...

(Un saludito algo guasón y mutis Luisa por la izquierda).

## ESCENA II

TABARDILLO: luego JAIME, por el foro.

TABARDILLO.—(Volviendo a sentarse. Un gran suspiro y coge el periódico).—Gran mundo... Ayuntamiento... Política... Alcantarillado... ¡qué ganas de prodigar epigrafes...! Por lo del alcantarillado iban ya bien las otras noticias... Ayer se cruzó de caballero nuestro distinguido amigo

el señor don Lucas García Alamo... ¡buena falta le hacías *siendo apadrinado por...*

JAIME.—(Entrando).—¡Este Madrid es imposible! No hay más que golfos y granujas!

TABARDILLO.—(Sin moverse).—¿Y tú?

JAIME.—¿Cómo y yo?

TABARDILLO.—Que te contesto, hombre. Supongo que habrás saludado al entrar...

JAIME.—Dispensa, pero ya sabes que no me pago de cumplidos con las amistades verdaderas...

TABARDILLO.—Gracias. ¿Qué es lo imposible de Madrid?

JAIME.—Los simones. Ahora vengo de pelearme con uno, después de haber tenido que pelearme con otro hace una hora. ¿Querrás creer que se negó a tomar una peseta?

TABARDILLO.—¿De propina por una carrera?

JAIME.—No. La propina era un realillo, como siempre. La peseta, diciéndome que era falsa.

TABARDILLO.—A simple vista, parece que tenía razón el cochero.

JAIME.—¡Yo no tengo fábrica de moneda falsa! Y cuando una persona como yo entrega una peseta es una grosería el rechazarla.

TABARDILLO.—Siendo falsa...

JAIME.—¡Aunque lo sea! El simón puede pasarla con facilidad y no exponer a un caballero al bochorno ese...

TABARDILLO.—Ya decía yo que la razón del cochero era a simple vista nada más: oyéndote, convengo en que la razón es tuya.

JAIME.—Evidente. ¡La vida en Madrid se va poniendo insoportable!

TABARDILLO.—Conformes. ¿Qué traes por aquí?

JAIME.—A preveniros de que la Calderona no viene a cenar con nosotros porque está de guardia. Vamos, de guardia está su capitán; pero como ella no lo abandona un instante...

TABARDILLO.—¿Quién la sustituye en la mesa?

JAIME.—Lulú.

TABARDILLO.—La de...

JAIME.—La de nadie. Lleva unos días sin amor... con el alquila levantado.

TABARDILLO.—Ya tienes otra vez en dónde probar tu peseta falsa.

JAIME.—Estás equivocado, Tabardillo. ¿Te figuras que necesito yo dinero para conseguir una mujer...?

TABARDILLO.—No; fué una broma. Aunque

realmente es curiosa y un poco ridícula esta pretensión que los hombres tenemos de lograr por amor a las mujeres que se ofrecen como mercancía.

JAIME.—Que paguen otros.

TABARDILLO.—Exacto; pero como todos decimos lo mismo, no quedan otros disponibles para la cotización.

JAIME.—Pues ellas viven...

TABARDILLO.—Sí... pero eso obedece a que la tacañería en este asunto está más en los labios que en el bolsillo. Se paga el favor... y luego no se refiere más que el favor y se calla uno lo del pago. Estamos todos en el secreto, pero aun así resulta airoso el decirlo...

JAIME.—Yo no.

TABARDILLO.—Bien...

JAIME.—Dile a la Rabanitos la modificación.

TABARDILLO.—Se la diré.

JAIME.—¿Sales o te quedas?

TABARDILLO.—Me quedo. Estoy descansando un poco de lo que he pensado divertirme y cobrando ánimos para lo que me resta. Del programa de hoy aún me falta una comida y una cena. Mañana, magnesia. Y el porvenir, ya lo veo, magnesia y bicarbonato solamente...

JAIME.—¿Y una jubilación próxima?

TABARDILLO.—Quizás...

JAIME.—Bueno, me largo, que aún he de vestirme. A las nueve, ¿verdad?

TABARDILLO.—A las nueve... nueve y cuarto...

JAIME.—Hasta luego.

(*Mutis por el foro*).

TABARDILLO.—Hasta luego, Jaime.

### ESCENA III

TABARDILLO: luego RABANITOS, por la izquierda.

TABARDILLO.—(*Invocando al cielo, resignadamente desesperado.*)—Señor, Señor, ¿por qué nos obligas a hablar todos los días con quien ningún día nos dice nada de particular...? Este muchacho no es ninguna lumbrera... ¡si al menos fuera tonto...! pero tampoco; discretito. ¡Y esto es intolerable, Señor! Los que no son listos, ni se toman la molestia de discurrir, y tienen fortuna bastante para no necesitar el talento ni el estudio... ¿por qué no serán tontos del todo, rematadamente tontos, con nobleza y sin vacilaciones...? ¿Por qué, Señor, por qué...? Leamos. *Gran mundo... Ayuntamiento...*

RABANITOS.—(*A medio vestir.*)—Hola, Tabardillo.

(*Sigue vistiéndose ante el espejo.*)

TABARDILLO.—Hola, Rábanos. Estuvo aquí Jaime.

RABANITOS.—¿Y qué?

TABARDILLO.—Nada más. Estuvo aquí y se volvió a marchar, como estará de noche en la cena y mañana en el Club y se marchará del Club y del *restaurant* sin haber dicho nada.

RABANITOS.—¿De qué hablásteis?

TABARDILLO.—De eso; de nada. Que no irá la Calderona e irá Lulú; que el simón no le quiso admitir una peseta falsa... de nada, de varias cosas que no recordaré dentro de diez minutos, y si las recuerdo me darán coraje por lo insípidas.

RABANITOS.—Pero ¿qué te van a decir para interesarte...? Si tuvieras alguna enfermedad se podría preguntarte por ella...

TABARDILLO.—Me das una idea. Ponerme enfermo, sufrir de algo para animar la conversación... Lo malo es que, tal vez, no tendría gana de oiros, si verdaderamente sufriese...

RABANITOS.—Aunque no te diviertas, deseo

que sigas tan bien como hasta aquí. Anda, árame las galgas que está la chica ayudando a Luz a vestirse.

TABARDILLO.—(*Obedeciendo con la naturalidad del que tiene costumbre.*)—¿Es guapa esa Luz?

RABANITOS.—Muy simpática.

TABARDILLO.—No escamotees la cuestión. ¿Es guapa o es fea?

RABANITOS.—Tú la verás... y tú juzgarás. Pero hazme el favor de no asustarla, que es muy modosita y muy formal y no ha ido nunca a sociedad.

TABARDILLO.—¿A qué llamas tú sociedad?

RABANITOS.—A venir con nosotras... o con otras.

TABARDILLO.—Entendido, entendido. ¿No llevas ligas?

RABANITOS.—(*Natural.*)—No. Viene a comer nada más.

TABARDILLO.—Perfectamente. El otro zapaticito.

RABANITOS.—Yo la estimo de veras, y mi gusto sería que la pobre resolviera su vida.

TABARDILLO.—¿Tiene condiciones...?

RABANITOS.—¿Condiciones de qué?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
1525 MONTERREY, MEXICO

TABARDILLO.—Vamos, que si tiene predisposición, inclinación para resolverla en el sentido que tú lo entiendes.

RABANITOS.—Como todas.

TABARDILLO.—No amplíes. Concretémonos a tu amiga.

RABANITOS.—¿Y qué mujer desesperada no lo piensa? Lo que le falta a muchas es decisión... y ocasión.

TABARDILLO.—Puede ser. La otra pierna.

RABANITOS.—No tengo más.

TABARDILLO.—Lo siento. Decididamente, el cuerpo humano está muy mal confeccionado.

RABANITOS.—Levántate.

TABARDILLO.—No, que luego me cuesta mucho el agacharme y quiero arreglar también a la amiguita.

RABANITOS.—No seas pesado. Y te suplico muy encarecidamente que respetes a Luz.

TABARDILLO.—(Volviendo a sentarse.)—¿Engañada no vendrá...?

RABANITOS.—Eso no; viene por su gusto.

TABARDILLO.—Pues entonces, con su gusto, el de otro, y un par de copas de champagne... se le irán pronto los espantos.

RABANITOS.—Esa es la eterna historia. Cuan-

do no hay amor, el champagne es el primer amante. Pide una botella más.

TABARDILLO.—La pediré. Y alguno la pagará.

RABANITOS.—¿Tú?

TABARDILLO.—Yo no. Eso está fuera de mis convicciones.

#### ESCENA IV

DICHOS: LUZ, por la izquierda

LUZ.—¡Ay, un hombre...!

RABANITOS.—Es Tabardillo.

LUZ.—(Confusa.)—Pero el señor Tabardillo...

TABARDILLO.—No soy más que un cómplice. (A la Rabanitos.) Preséntame.

RABANITOS.—Don Luis... ¿cómo es tu apellido?

TABARDILLO.—Almoyna del Barco.

RABANITOS.—Como le llamamos siempre Tabardillo, ¿comprendes...?

TABARDILLO.—Lo comprendo yo.

RABANITOS.—Don Luis del Barco: Luz...

LUZ.—La verdad, yo...

TABARDILLO.—Luz... precioso nombre, y suficiente para que nos entendamos. Me felicito de

que se aumente nuestra alegre compañía con una mujer tan guapa y tan inteligente.

RABANITOS.—Muy inteligente.

LUZ.—(Confusa.)—Gracias...

### ESCENA V

DICHOS: LUISA por la izquierda.

RABANITOS.—Acaba de vestirme.

LUZ.—¿Aquí? Pero este caballero...

TABARDILLO.—A mí no me molesta...

RABANITOS.—Y no tiene nada de particular...

LUZ.—Pero dirá el señor que...

RABANITOS.—Llámale Tabardillo.

LUZ.—¿Es el nombre...?

TABARDILLO.—No, es la profesión.

LUZ.—(Que está en el limbo.)—La profesión... ¿de qué?

RABANITOS.—De nada. Llámale Tabardillo, mujer. Anda, Luisa.

*Entre Rabanitos y Luisa van poniéndole el vestido.*

TABARDILLO.—Hay que calmar esos nervios, Lucecita. Basta con que seas patrocinada por la Rabanitos, nuestra excelsa y popular Rabanitos, para que yo sea amigo tuyo.

LUZ.—Se lo agradezco a usted...

TABARDILLO.—Tutéame...

LUZ.—No, no...

RABANITOS.—Tutéale, mujer... Lo hacemos todas.

TABARDILLO.—Ya me indicaron que eres una muchachita muy formal y que vienes hoy por primera vez a nuestras reuniones. Si no puedes hacer otra cosa, me parece muy bien que hagas esto.

LUZ.—Hoy solamente.

TABARDILLO.—Muy bien.

RABANITOS.—Ya verás lo que te diviertes...

TABARDILLO.—A condición de que tú quieras divertirme. A las fiestas se va, pero la alegría se lleva... Os advierto que esta frase es de Platón...

RABANITOS.—Deja al señor Platón ahora.

LUZ.—Ya procuraré no desentonar... pero no me exijan ustedes más allá de mis fuerzas...

RABANITOS.—No tengas cuidado, y si alguien te mortifica nosotros le tendremos a raya.

TABARDILLO.—Nada de exigir... Yo soy enemigo de las violencias, no ya de las materiales sino de las de espíritu, y en cuestión de hombres y mujeres he creído siempre que el único valor de las cosas está en concederlas, no en lograrlas.

RABANITOS.—Guíate por él...

TABARDILLO.—Cada uno debe hacer lo que le dé la gana, pero sabiendo lo que hace y por qué lo hace. Con mal gesto, no quiero ni una flor; con voluntad de dar, me llevo el ramo, el jardín y el hortelano a cuestras...

LUZ.—Así debía ser... pero en la vida no lo es, y muchas veces hay que llevar a cuestras a la misma voluntad. ¿No está usted conforme, señor Tabardillo?

TABARDILLO.—En lo de señor, no. En lo demás, sí.

RABANITOS.—¿Qué tal?

(Por el traje.)

LUZ.—Bien. Un poquito grande...

TABARDILLO.—¿Le sobra algo al vestido?

RABANITOS.—No. Es que le falta a ella... Y puesto que tú ya estás aviada voy a arreglarme yo. Mientras, dale consejos prácticos, Tabardillo.

TABARDILLO.—Descuida; si es dócil, la convertiré.

RABANITOS.—Confío en tí.

(Mutis por la izquierda Rabanitos y Luisa.)

## ESCENA VI

LUZ y TABARDILLO.

TABARDILLO.—Acércate, Luz. (*Haciéndola sentar a su lado*) ¿Tú no me conoces?

LUZ.—No.

TABARDILLO.—Pues ya somos íntimos amigos. No te sorprendas, que, de aquí en adelante, va a ocurrirte muchas veces y con muchos: ayer, desconocido; hoy, íntimo; mañana, nuevamente desconocido.

LUZ.—No lo creo. Yo soy de las que no olvidan...

TABARDILLO.—Te olvidarán ellos. Total, lo mismo. La primera condición de tu nuevo estado es precisamente la de que varies de modo de pensar. Eras firme, pues sé mudable: eras seria, pues conviértete en risueña. Con tristezas no se hace fortuna...

LUZ.—Ni la codicio. Teniendo para vivir me sobra.

TABARDILLO.—¡Pues no has dicho nada! ¿Vivir?... ¿Acaso hay otro problema en la vida? Desde la nodriza... de los otros, que es la que uno recuerda, hasta la hora de la muerte, todo



es pelea por la vida. Y el cura mismo, a quien se llama en la agonía, no acude para ayudarte a bien morir, sino para ayudarte a vivir bien en la otra vida.

LUZ.—Con la salvación eterna.

TABARDILLO.—Eso es. Sálvate luego... y sálvate ahora, que es urgente.

LUZ.—Mal camino llevo para lo futuro, que si no guardo hoy las honradas advertencias que me predicaron tanto...

TABARDILLO.—Ahí te esperaba yo precisamente. ¿Por qué sabes tú que son honradas?

LUZ.—¡Hombre! Porque... (*Parándose de súbito. Pausa; Tabardillo se ríe. Indecisa.*) Pues porque nos lo dicen personas dignas y virtuosas...

TABARDILLO.—¿Y cómo sabes tú que son virtuosas?

LUZ.—¡Porque todo el mundo lo dice!

TABARDILLO.—No, no. Todo el mundo no; yo no te lo digo.

LUZ.—Bueno, porque tú... tú eres la excepción.

TABARDILLO.—Perfectamente. ¿De manera, que tú crees en las cosas, no porque tengas una idea exacta de ellas, sino porque te las aconseja la mayoría de las gentes...?

LUZ.—Yo estoy muy distante de ser sabia, y más cuerdo me parece guiarme por la opinión de casi todos que por la de unos cuantos.

TABARDILLO.—Perfectamente. Luego, si tú vieras en un país, en donde la opinión general fuese la mía, ¿tú te considerabas muy digna y muy virtuosa obedeciéndome...?

LUZ.—Claro; pero como eso no ocurre...

TABARDILLO.—Sí ocurre, sí; la moral es cuestión de ideas, la decencia es cuestión de clima y la virtud es cuestión de reglas y de máximas, nada más.

LUZ.—¡No digas desatinos!

TABARDILLO.—Vamos a verlo. ¿Cuántas mujeres legítimas puede tener un hombre?

LUZ.—¡Qué pregunta más bobal! ¡Unal

TABARDILLO.—¿En Madrid?

LUZ.—En Madrid y en Sevilla y en París...

TABARDILLO.—Despacio, despacio. Figúrenos que te han regalado un kilométrico.

LUZ.—Bueno.

TABARDILLO.—Ya estamos en el tren.

LUZ.—Bueno.

TABARDILLO.—Ya estamos en Constantino-  
pla.

LUZ.—Bueno.

TABARDILLO.—¿Cómo vivirías tú allí? En un harem...

LUZ.—¡No!

TABARDILLO.—Exactamente igual que viven todas. Muy honrada... pero muy acompañada.

LUZ.—¿Allí no pecan más que los hombres?

TABARDILLO.—Ni ellos. El escalafón celestial ha suprimido ese peldaño y resulta más cómoda la escalera.

LUZ.—Es bien raro; pero, en fin, siendo su ley...

TABARDILLO.—¿Transigirías? ¿Transigirías con que un hombre pueda disfrutar legalmente, honradamente y religiosamente de cuantas mujeres se le antoje...? Pues ahora vas a permitir lo contrario, que una mujer...

LUZ.—No, eso es imposible.

TABARDILLO.—No; es cuestión de kilómetros solamente. En Africa, en América misma, en las regiones que baña el Misisipi, la poliandria es lícita.

LUZ.—¡Pero eso es absurdo!

TABARDILLO.—Para tí, que discurre con arreglo a tus leyes: para ellos el absurdo está en lo que hacemos nosotros. Ya hemos hablado de uniones fijas; hablemos ahora de uniones eventuales, de un día, de un momento...

LUZ.—¡Ahora ya te burlas!

TABARDILLO.—Nada de eso. Hablo muy serio. Estamos en Oceanía. Eres la esposa adorada de uno de aquellos jefes. Llega un extranjero. ¿Qué haces?

LUZ.—No sé... saludarle...

TABARDILLO.—Eso es muy urbano. ¿Qué más? ¿Qué te manda hacer tu adorado señor? Pues te ordena que aquella noche seas la esposa del extranjero.

LUZ.—¡No!

TABARDILLO.—Y tú obedeces.

LUZ.—¡No!

TABARDILLO.—Para ser digna y honrada, y honrar al huésped que mandan los dioses.

LUZ.—¡No te creo!

TABARDILLO.—Es la hospitalidad y la cortesía de allí. Como lo fué en los tiempos de la Grecia primitiva. No descubro ningún arcano misterioso: esto es muy vulgar y muy sabido.

LUZ.—Tal vez será en esos países, pero tienen la disculpa de que son infieles...

TABARDILLO.—Eso es lo que no pueden ser... No te das tú cuenta de lo que cambian las ideas sólo por cambiar de sitio... En el Japón, la mujer que se vende públicamente, expuesta en la

jaula, para aliviar la miseria de sus padres, es la honrada y la preferida de los hombres. Cuestión de climas, cuestión de leyes, y, a veces, cuestión de horas únicamente.

LUZ.—De horas, no; en cada país será lo mismo siempre.

TABARDILLO.—Si tú lo dices... Anda, enséñame un poco la pechuga, que soy aficionado.

LUZ.—(*Levantándose indignada.*)—¡Tabardillo!

TABARDILLO.—(*Sin moverse.*)—¿Qué te pasa?

LUZ.—¡Eso es una grosería!

TABARDILLO.—Sí, es una grosería, porque son las siete y media... si fueran las once y estuvieras escotada en un baile o en un teatro, no le encontrarías nada de particular a enseñar la...

LUZ.—(*Riendo.*)—Eso es diferente...

TABARDILLO.—Sí, la diferencia de la hora. Créeme, Lucecita, haz lo que te parezca y lo que necesites para vivir... y cuando tengas un escrupulo muy grande y te asuste la idea de pecar en España... cortas unos cupones del kilométrico y realizas un acto de hospitalidad en Oceanía...

LUZ.—Yo no puedo prescindir de muchas cosas que aprendí.

TABARDILLO.—Ni yo te aconsejo que prescindas de todas; si acaso, de alguna...

LUZ.—¿De cuál?

TABARDILLO.—Del kilométrico.

LUZ.—¡Jamás!...

### ESCENA VII

DICHOS: LA RABANITOS, por la izquierda.

RABANITOS.—¿Vamos?

TABARDILLO.—Vamos.—(*Aparte a la Rabanitos.*)—Me gusta mucho esta mujer...

RABANITOS.—Pues díselo a ella, a mí no es nada amable...—(*Yendo a Luz, mientras Tabardillo se pone el gabán y el sombrero.*)—¿Qué tal?

LUZ.—Bien... Me da un poco miedo este hombre...

RABANITOS.—¿Por qué...?

(*Ayudándola a ponerse el abrigo.*)

LUZ.—No sé... Tiene la inmoralidad muy documentada...

RABANITOS.—Muchísimo.

LUZ.—Pero es simpático...

RABANITOS.—Eso díselo a él.

LUZ.—No, no...

RABANITOS.—Y te advierto que éste no paga nunca, ni en ninguna parte...

LUZ.—Ni yo hablo de pagar nada...

RABANITOS.—Entonces no sabes de qué hablas.

TABARDILLO.—Cuando queráis.

RABANITOS.—Vamos.

LUZ.—¿A dónde...? ¿A cenar?

RABANITOS.—A divertirse.

TABARDILLO.—A vivir...

*(Y llevándose las del brazo,  
mutis los tres.)*

### TELON

## ACTO TERCERO

Un gabinete de un restaurant de tono. En el centro una mesa en desorden, como después de terminada toda comida. Un par de ventanas al foro y una puerta a la izquierda. Es de noche. Fracs y smokins. Las señoras bien vestidas, menos doña Celestina.

### ESCENA PRIMERA

LUZ, a la ventana y apoyando la frente en los cristales como si buscara que el frío disipase algo el calor del champagne: la MIMOSA, LULÚ y PEDRO, en la otra ventana: DOÑA CELESTINA, JAIME y ENRIQUE, sentados a la mesa: la RABANITOS, AMPARO y TABARDILLO, sentados en un sofá: BECERRA de pie, solo, vuelto de espaldas: sentado, aparte, un tocador de guitarra: dos camareros, que sirven y entran y salen, y que al levantarse el telón ofrecen licores, llevando uno la bandeja con las copas y botellas y sirviendo el otro después de preguntar.

CAMARERO 1.º—¿Coñac, chartreuse, benedictino?...

RABANITOS.—Benedictino.